

FRAGMENTO DE LA NOVELA "ESPAÑOLITO QUE VIENES AL MUNDO, TE GUARDE DIOS"

De próxima publicación en Biblioteca de Autores Manchegos. Aula de Cultura. Diputación Provincial.

No recuerdo como se llamaba, mejor dicho, como la llamaban. Sólo sé que era muda y que vivía en las "Kabilas" un barrio pobre y feo, alejado del centro de la población, y que algún testigo de la guerra de África le daría por bautizar así, basándose en su similitud —casas de adobe, pobres— con los barrios árabes.

La muda era alta y seca, enlutada y con el rostro surcado de arrugas desde la propia infancia. Huía por naturaleza, ajena al mundo, de todas las palabras, ruidos y melodías. (La recuerdo ahora —harto estará su cuerpo de pudrir tierra— con su larga saya y sus alpargatas, peinado a base de moño, gesto indefinido de cansancio y de indiferencia). Pertenecía a una raza humillada hasta la resignación: la de los que nada poseen, la de los que tienen que servir siempre a los demás. Y, para colmo, desde su nacimiento —¿por qué tenía que haber nacido?— sus oídos se negaron a oír y, por lo tanto, su garganta y su cerebro a recibir o a emitir el código fonético. Nunca supo decir ni madre, ni Dios, ni muerte; ni tan siquiera, pipi, pupa, cada, coco; aunque sintiera las imágenes mentales aunque lo expresara y lo comprendiera. Su paupérrimo lenguaje no se habría desarrollado a base de fonetismo y morfosintaxis, sino con un personal e íntimo código de señales manuales. Era, no obstante, extraordinariamente inteligente y expresiva.

Nacida de padres humildes, de esclavos sociales, la dedicaron a la servidumbre desde niña, viniendo a parar a casa de mi abuela Nati, cuando apenas si tendría 8 años, para servir de niñera a mi madre. No había cumplido los 15, cuando otro criado de la casa —un obrero que trabajaba en las bodegas, las que teníamos a medias con el tío Emilio Morales— aprovechando la muder de la muchacha, la violó cobardemente sobre las serillas del trujal. La muda, tovo un hijo que murió al poco de nacer. El espíritu puritano de los míos la habrá arrojado de la casa, si no llega a ser porque reconocieron la inocencia de la muchacha, el brutal atentado de que había sido objeto a causa de su defecto físico.

Al poco de nacer yo, me confiaron al cuidado de la muda. Fue mi niñera. Dispuesta con un mandil blanco, bien planchado, peinada por mi propia abuela, manos desinfectadas con alcohol, me depositaba en su regazo llevándome a pasear.

Durante muchísimo tiempo la muda constituyó toda visión del mundo para mí: con ella aprendí el vuelo de los pájaros, el color del Arco Iris, el olor de las madreselvas, la blancura de la luna, las claridades del sol. Alguna que otra vez me condujo hasta su barrio de las "Kabilas", para que aprendiera lecciones de miseria y marginación, aunque allí me estuviese tan bueno el pan negro con aceite y azúcar, y me refrescara el verdor de los emparrados de los patios.

Yo pasaba la mayor parte del día con la muda; no conocía mas compañía que la suya. Y con la muda comencé a hablar: con gritos extraños me señalaba hacia arriba y comencé a pronunciar "nubes", "azul", "Dios", "pájaro".

Ella, sólo ella, nunca sabremos cómo, me enseñó a hablar: primero con un lenguaje mímico, soberbiamente expresivo; después, con la expresión poética, más tarde con fonemas y palabras.

Todos se maravillaron en el pueblo porque yo comenzara a hablar en compañía de una muda. Fue algo insólito, un auténtico acontecimiento en Manzanares, quizá tan grande como cuando nació un niño con cuatro ojos o cuando una ciega analfabeta compuso aquellos poemas que no tuvo más remedio que escuchar la reina Isabel II.

Aquella experiencia vive en mi recuerdo, y, a veces, cuando me siento sin palabras y sin expresión; cuando algo hermoso vive en mi mente, pero no encuentro palabras para expresarlo en el reducido y arbitrario código de mi lengua, he querido, he intentado buscar a la muda para que ella, a través de gritos guturales y alfabeto manual, me descubra esa expresión que andaba buscando. Y cuando intento ser poeta, echo de menos los brazos y la compañía de aquella lejana mujer; y, si alguna vez algo he logrado realizar en este sentido, no cabe duda que ha sido porque ella, en aquellos cálidos e irrepitibles días de la niñez, tuvo que habérmelo enseñado.

